

# *Historias revisionistas del bombardeo de Dresde*

LUIS VERGARA ANDERSON

Departamento de Historia / UIA

Consideraciones a partir de una lectura de Frederick Taylor, *Dresden. Tuesday, February 13, 1945*. Nueva York, HarperCollins, 2005 (2004), 518 pp.<sup>1</sup>

## LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Como lo refiere Taylor en su libro (p. 92), a las pocas horas de iniciada la Segunda Guerra Mundial el 1 de septiembre de 1939, el presidente de los entonces neutrales Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, exhortó a los combatientes a restringir los bombardeos a blancos estrictamente militares. Francia e Inglaterra (que declararían la guerra a Alemania el día 3 de septiembre) manifestaron al día siguiente su disposición de actuar de acuerdo con la exhortación; Alemania hizo lo propio el día 18 del mismo mes (una vez que sus tropas habían llegado a Varsovia, por lo que esta ciudad podía ser considerada como un objetivo militar). No había transcurrido un año cuando Alemania comenzó (7 de sep-

<sup>1</sup> Todas las páginas a las que se hace referencia en el cuerpo del texto corresponden a esta edición. (Existe también una edición inglesa publicada con el mismo título por la editorial Bloomsbury en Londres en 2005).

tiembre de 1940) a bombardear Londres de manera sistemática,<sup>2</sup> iniciando una serie de bombardeos que se prolongaron hasta el 10 de mayo de 1941 con un saldo de decenas de miles de muertos y más de un millón de viviendas destruidas o seriamente dañadas.<sup>3</sup> Otra veintena de ciudades inglesas fue objeto de bombardeos durante el mismo período, resultando particularmente notorio el caso de Coventry, bombardeada en varias ocasiones y muy decisivamente la noche del 14 de noviembre de 1940. A partir de la designación de Arthur Travers “*Bomber*” Harris<sup>4</sup> como Comandante de la *Bomber Command* (febrero, 1942), el bombardeo indiscriminado de las ciudades alemanas (*Area bombing*), esto es, el bombardeo efectuado no sólo ni principalmente con el propósito de destruir objetivos industriales y militares, sino sobre todo para causar la muerte de civiles (y así desmoralizar a la población), se volvió en los hechos un programa estratégico central. Quizá con un exceso de simplificación, puede decirse que en términos generales la técnica empleada consistía en que las primeras oleadas de bombarderos dejaran caer bombas con grandes cargas explosivas (que destruyeran techos, ventanas, tuberías, y que crearan todo tipo de obstáculos para el tránsito de carros de bomberos),

<sup>2</sup> Antes (14 de mayo de 1940) había forzado la rendición de los Países Bajos mediante el bombardeo del corazón histórico de Rotterdam, con un saldo de aproximadamente 1,000 muertos, 85,000 viviendas severamente afectadas o destruidas en un área de 2.6 km<sup>2</sup> arrasados. Belgrado, del 6 al 10 de abril de 1941 (en la operación “castigo”, así designada porque constituyó la reacción ante la decisión de tomar partido con los aliados por parte de los militares que acababan de tomar el poder en Yugoslavia) con un saldo de muertos que, según las estimaciones más conservadoras, rondaría los 3,000, y según las más aventuradas se ubicaría cerca de los 24,000.

<sup>3</sup> Los bombardeos indiscriminados sobre ciudades tuvieron su comienzo durante la Guerra Civil Española. Guernika (26 de abril de 1937) es emblemática a este respecto. El 24 de agosto de 1940, durante los esfuerzos de la *Luftwaffe* por destruir a la Real Fuerza Aérea, tanto en el aire como en tierra, accidentalmente fueron dejadas caer algunas bombas sobre zonas residenciales de Londres. La noche siguiente 43 bombarderos ingleses bombardearon por vez primera Berlín, sin causar daños de importancia.

<sup>4</sup> También conocido como *Butcher* (carnicero) Harris.

seguidas de otras que vaciaran bombas incendiarias. De lo que se trataba era de crear “tormentas de fuego” que incendiaran de manera incontrolable y con muy elevadas temperaturas, extensas zonas de las ciudades. Lübeck, una ciudad con una población del orden de los 150,000 habitantes, fue el primer blanco en este programa. Fue bombardeada por 234 aparatos la noche del 28 al 29 de marzo de 1942. Se dejaron caer en total 160 toneladas de bombas explosivas y 144 toneladas de incendiarias. El incendio podía ser visto por las tripulaciones de los bombarderos desde una distancia de más de 160 kilómetros. Un tercio de la ciudad fue totalmente destruido (incluyendo la catedral que databa del año 1173). El número de muertos ascendió a 320 (p. 125). A Lübeck siguió Colonia (30 de mayo, “la noche de los 1,000 bombarderos”). En enero de 1943, durante el encuentro de Roosevelt y Churchill en Casablanca, los dos jefes de estado acordaron emprender de manera coordinada los bombardeos en Alemania: los ingleses bombardearían un objetivo por la noche y los americanos lo harían de día (siguiendo el procedimiento del “bombardeo diurno de precisión” o *Daylight precision bombing*). Así ocurrió en Hamburgo a lo largo de una semana en julio (donde la peor tormenta de fuego tuvo lugar la noche del 27 al 28); el saldo en términos de muertes fue del orden de 30,000. Hacia el fin de la Guerra, prácticamente todas las ciudades alemanas grandes y medianas (más de 80,000 habitantes) habían sido severamente bombardeadas. El número de civiles muertos por estas acciones se estima entre 300,000 y 600,000. Los civiles ingleses muertos en bombardeos efectuados por los alemanes fueron del orden de los 60,000, incluidos los causados por las bombas voladoras V1 lanzadas entre junio de 1944 y marzo de 1945, y los misiles balísticos V2 que cayeron sobre Londres –también fueron arrojados sobre París, Amberes, Lille, Norwich y Lieja– entre septiembre de 1944 y el término de la Guerra.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> En total fueron lanzadas 9,251 bombas V1, de las cuales 2,419 cayeron sobre

El general norteamericano Curtis LeMay desempeñó con respecto al Japón el papel que jugó en Europa Arthur Harris en relación con Alemania. Inicialmente, cuando los americanos dispusieron de islas localizadas de manera que pudieran alcanzar con sus bombarderos a Japón, intentaron emplear el bombardeo diurno de precisión. Sin embargo, las condiciones meteorológicas (vientos, en particular) usualmente prevalecientes sobre Japón hicieron inefectivo este modo de proceder. En adición a lo anterior, los establecimientos en los que se llevaban a cabo las actividades productivas se encontraban, a diferencia de lo que ocurría en Alemania, muy diseminadas en las áreas urbanas. A principios de 1945 el general LeMay tomó la decisión de reemplazar los bombardeos diurnos de precisión efectuados desde gran altura por bombardeos nocturnos efectuados a relativamente bajas alturas y orientados a producir tormentas de fuego. Como en Alemania, aunque en un período de tiempo mucho más corto (febrero a julio de 1945) y con mayores grados de destrucción, las ciudades fueron severamente dañadas (por lo general con niveles de destrucción superiores al 40%, con frecuencia del orden del 60% o 70% y en algunos casos cerca del 100%). La noche del 9 al 10 de marzo tuvo lugar el bombardeo con bombas convencionales más destructivo de toda la historia: 41 kilómetros cuadrados de Tokio fueron completamente arrasados, y el número de muertos sobrepasó los 100,000. Los días 6 y 9 de agosto fueron destruidas mediante explosiones nucleares las ciudades de Hiroshima (140,000 muertos según estimaciones quizá poco conservadoras) y Nagasaki (80,000 muertos), respectivamente. El número total de muertos por los bombardeos de 1945 sobre Japón se estima en 500,000, y en 5,000,000, el de personas cuya vivienda fue destruida. Consta que el general LeMay comentó en una ocasión que si los aliados hubieran perdido la contienda él hubiera sido juzgado por crímenes de guerra. Pretendió justificar su actuación

---

sus blancos, y 3,172 misiles balísticos V2.

argumentando que su deber era el de llevar a cabo los bombardeos a fin de concluir la guerra lo más pronto posible y así perder menos vidas (presumiblemente norteamericanas). A las tripulaciones de los bombarderos se les decía: “en Japón no hay civiles”, a fin de reducir los escrúpulos que tenían en relación con la destrucción que ocasionaban.

#### UNA HISTORIA REVISIONISTA DEL BOMBARDEO DE DRESDE

Las discusiones sobre la legalidad y/o la moralidad de los bombardeos indiscriminados sobre ciudades comenzaron a darse durante el desarrollo mismo de la Guerra y la literatura al respecto es vastísima.<sup>6</sup> En adición a estas discusiones de índole general, tres casos han sido objeto de tratamiento más particular: las destrucciones de Hiroshima y Nagasaki mediante bombas atómicas –¿no podría haberse logrado el mismo efecto de convencimiento mediante demostraciones efectuadas en lugares no habitados?–, y la destrucción de la ciudad de Dresde durante la noche del 13 al 14 de febrero de 1945 (por la Real Fuerza Aérea) y el día siguiente (Octava Fuerza Aérea norteamericana), en la que participaron unos 1,100 bombarderos que dejaron caer cerca de 3,500 toneladas de bombas sobre la ciudad. Las razones que tradicionalmente se han esgrimido para explicar la atención diferenciada a este último caso son:

- a) Dresde era ante todo una ciudad cultural (por sus monumentos y las actividades que en ella se llevaban a cabo, tales como fabricación de porcelana muy fina, chocolates y relojes) y no constituía un objetivo militar legítimo (no había objetivos militares de importancia). Era conocida (así el

<sup>6</sup> Hay alegatos a favor de cada una de las cuatro posiciones posibles: 1) fueron legales y morales, 2) fueron legales pero inmorales, 3) fueron ilegales pero no inmorales, 4) fueron ilegales e inmorales.

título del tercer capítulo del libro de Taylor) como “la Florencia del [río] Elba”).

- b) La destrucción de la ciudad era innecesaria según una racionalidad puramente militar, ya que la derrota total de Alemania era ya un hecho inevitable.
- c) En la ciudad (que al inicio de la Guerra tenía una población del orden de los 650,000 habitantes) se encontraban cientos de miles de refugiados civiles (aproximadamente 200,000) que venían huyendo del avance del Ejército Rojo.
- d) El número de muertes ocasionadas por el bombardeo fue enorme (más de 100,000), comparable o superior al causado meses después en Hiroshima o en Nagasaki.

Dos libros, entre otros, contribuyeron de manera especial a que las afirmaciones anteriores se volvieran lugares comunes: *The Destruction of Dresden* (1963) de David Irving,<sup>7</sup> y *Slaughterhouse-Five* (1969) de Kurt Vonnegut.<sup>8</sup> El primero pretende ser un relato histórico riguroso sustentado en muy diversas fuentes (notablemente entrevistas) en el que se sostiene que el número de muertos fue de al menos 135,000.<sup>9</sup> Su fuente principal para esta afirmación fue Hanns Voight, encargado de un centro que operó en las semanas posteriores al bombardeo para lo relativo a personas desaparecidas durante el mismo. *Slaughterhouse-Five* (*Matadero-Cinco*) de

<sup>7</sup> Londres, William Kimber and Co., 1963. En adición a estas discusiones, debe considerarse la correspondiente a la *utilidad* (en relación al esfuerzo bélico) de los bombardeos. Muchos autores sostuvieron por mucho tiempo que ésta era desproporcionadamente baja. Taylor (pp. 413-416) rechaza esta postura.

<sup>8</sup> Nueva York, Delacorte/Seymour Lawrence, 1969. (Existe una traducción al español, realizada por Margarita García de Miró, de esta obra: *Matadero cinco, o la cruzada de los niños*. Barcelona, Anagrama, 1991).

<sup>9</sup> Esta cifra fue variando en ediciones posteriores del libro. En la primera edición habló de un rango de posibilidades que iba de 100,000 a 250,000. En una tardía publicada en 1995 sostuvo que el número de muertos *podría llegar a alcanzar 100,000*.

Vonnegut fue una exitosísima novela semi-autobiográfica (en la figura del personaje Billy Pilgrim) escrita por un sobreviviente y testigo presencial del bombardeo que por entonces era un prisionero de guerra —el título se refiere al espacio en el que se encontraba confinado antes del bombardeo—, y proporciona la misma cifra que Irving, lo cual no es de sorprender, ya que éste constituyó la fuente de Vonnegut a este propósito.<sup>10</sup> Vonnegut sostuvo siempre que el bombardeo había sido una atrocidad sin sentido alguno. Estos dos libros vinieron a constituir, para la generación de la posguerra, la referencia obligada para todos los interesados en la historia de la Segunda Guerra Mundial y en las polémicas sobre aspectos éticos a los que dio que dio lugar.

Lo más notable del libro de Taylor es que pretende mostrar la falsedad de esas afirmaciones; es decir, conforma una empresa *revisionista* que, a través de un argumento de *nivelación*, rechaza la singularidad del caso en relación con la destrucción de las otras ciudades alemanas. Para la generación de la posguerra informada sobre el asunto por Irving y Vonnegut, la aparición del libro de Taylor pudo constituir en un primer momento una especie de escándalo: tendía a legitimar de alguna manera lo que se tenía como uno de los mayores, si no es que el mayor, crimen de guerra perpetrado por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Más de uno emprendió su lectura empeñado en descubrir y denunciar las falacias y falsedades que daba por hecho que escondía el texto.

<sup>10</sup> En *Slaughterhouse-Five* Vonnegut sostiene también (en la voz de Billy Pilgrim) que en Dresde perecieron más personas que en Hiroshima y Nagasaki combinadas. En adición a Irving y a Vonnegut, Taylor menciona en su libro varias veces el libro de Alexander McKee, *The Devil's Tinderbox: Dresden, 1945* (Nueva York, E. P. Duffon, 1982), en el que se hace referencia a estimaciones de hasta 250,000 muertos y se concluye que una cifra de 70,000 es razonable. Todavía en 1999 el sueco Sven Lindqvist en su *Un dog un. Bombernas athundrade* (Estocolmo, Albert Bonniers Förlag, 1999) habla de 100,000 civiles muertos. (Existe una traducción al español, realizada por Sofía Pape: *Historia de los bombardeos*. Madrid, Turner, 2002).

En lo relativo a los discursos históricos, se entiende por *revisio-*  
*nismo* el análisis crítico de lo que historiográficamente se tiene  
por establecido como un hecho histórico o como una interpreta-  
ción correcta del mismo. El término suele emplearse también con  
frecuencia para lo que con mayor precisión —aunque con poca  
ortodoxia en el uso del español— podría nombrarse *negacionis-*  
*mo* o revisionismo *negacionista*, y que consiste en la negación de  
lo que historiográficamente se tiene como hechos históricos. Así  
entendidos los términos, el libro de Taylor es un relato histórico  
revisionista, más no negacionista.

Las discusiones más profundas sobre revisionismo han tenido  
lugar en relación con la historización del Holocausto (o *Shoah*).  
Tres debates a este respecto (vinculados, sobre todo los últimos  
dos) particularmente importantes fueron: a) la llamada *Histo-*  
*rikerstreit* (“disputa de los historiadores”), ocurrida en Alemania  
entre 1986 y 1989;<sup>11</sup> b) el debate “History, Event, and Discour-  
se”, que tuvo lugar en la sede de Los Angeles de la Universidad  
de California en enero de 1989, en el que Hayden White y Carlo  
Ginzburg presentaron concepciones contrapuestas en torno a la  
verdad en la historia; y c) la conferencia “Nazism and the Final  
Solution: Probing the Limits of Representation”, llevada a cabo al  
año siguiente también en la sede de Los Angeles de la Universidad  
de California, y que dio lugar a la publicación en 1992 de *Probing*  
*the Limits of Representación. Nazism and the “Final Solution”*, edi-  
tado por Saul Friedlander.<sup>12</sup> En todos ellos la cuestión central fue  
la relativa a la singularidad del Holocausto; las posturas revisio-

<sup>11</sup> Véase a este respecto Rudolf Augstein, *et al.*, “*Historikerstreit*”: *Die Dokumen-*  
*tation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der Nationalsozialistischen Judenver-*  
*nichtung*, Munich, Piper Verlag, 1987.

<sup>12</sup> Saul Friedlander, *Probing the Limits of Representation, Nazism and the “Final*  
*Solution*”. Cambridge/Londres, Harvard University Press, 1992.



nistas, siempre sosteniendo que el exterminio había tenido lugar y que constituyó un crimen horrendo, rechazaban la *interpretación* que afirmaba tal carácter. Aquí radica la diferencia con el revisionismo de Taylor: él no propone, estrictamente hablando, una interpretación del bombardeo de Dresden, sino demostrar que los *datos* proporcionados en la versión tenida por buena a partir de Irving y Vonnegut son equivocados.

*DRESDEN. TUESDAY, FEBRUARY 13, 1945*

El cuerpo del libro de Taylor se encuentra estructurado en tres partes: I) “Flores sobre el Elba” (trece capítulos); II) “Guerra total” (once capítulos); y III) “Después de la caída” (seis capítulos). La primera parte es una historia de Dresde desde el siglo XIII hasta principios de 1945. La segunda, un impresionante y muy detallado recuento del bombardeo (noche del 13 al 14 de febrero de 1945 y mañana de día 14) y de sus antecedentes inmediatos. En la tercera se prosigue la historia de la ciudad desde la tarde del día 14 de febrero hasta el presente. Para su relato, Taylor empleó como fuentes documentos de numerosos archivos ingleses, norteamericanos y alemanes; una gran cantidad de materiales impresos (la relación de los citados en el texto ocupa seis páginas); y los testimonios de 24 personas entrevistadas. El texto combina de manera ágil y funcional las informaciones provenientes de los tres tipos de fuentes.

Taylor leyó en la década de los sesenta a Vonnegut, y sobre la destrucción de Dresde conoció tan solo lo que nombra “la leyenda” (“porque ésta era prácticamente lo único que se había impreso [sobre el asunto]”), (p. xii). Sin embargo, mucho más tarde, después de leer *Dresden im Luftkrieg* (1977) de Götz Bergander<sup>13</sup> (testigo presencial del bombardeo a los 18 años de edad a quien

<sup>13</sup> Edición revisada: *Dresden im Luftkrieg: Vorgeschichte, Zerstörung, Folgen*. Würzburg, Flechsig-Buchvertrieb, 1998.

Taylor entrevistó durante su investigación conducente al libro), así como *Lebenszeichen* (1994) y *Martha Heinrich Acht* (2000) de Matthias Neutzner,<sup>14</sup> su visión del asunto era otra:

El cuadro que surgió frente a mí no era en manera alguna uno de una ciudad “inocente”, sino de una ciudad que funcionaba normalmente (tanto en el sentido universal como en el del contexto de la Alemania nazi) que era extraordinaria por su belleza. Esto no quiere decir que haya que ir al otro extremo y afirmar que Dresde “merecía” ser destruida, sólo que era, de conformidad con los estándares del tiempo, un blanco militar legítimo. La cuestión es si ciudades enemigas, necesariamente habitadas por grandes números de civiles y con hermosas edificaciones, pero también con muchos establecimientos manufactureros vitales, comunicaciones y servicios de gran importancia para el esfuerzo bélico de aquella nación, debían ser bombardeadas a pesar de la elevada probabilidad de causar un alto número de bajas entre no combatientes. Esta cuestión permanece como una que puede y debe desencadenar apasionados argumentos morales y legales, incluso en la era de las denominadas “bombas inteligentes” (p. xiii).

Taylor precisó que su libro no resolvería este asunto, pero que confiaba en que pondría de manifiesto un marco moral ambivalente de mayor complejidad que los que hasta entonces habían sido manejados.

Es revelador a este propósito el título del último capítulo de la primera parte: “¿Una ciudad de nula importancia militar o industrial?”; comienza de la siguiente manera:

Según el manual de de 1944 de la Oficina de Armamentos del Alto Comando del Ejército Alemán, la ciudad de Dresde con-

<sup>14</sup> *Lebenszeichen: Dresden im Luftkrieg 1944/45*. Dresde, Sandstein, 1994; *Martha Heinrich Acht: Dresden 1944/45*. Dresde, Verlag der Kunst, 2003. (El título del segundo libro es debido al hecho de que en el código de la red de defensas aéreas alemanas, se hacía referencia a Dresde mediante “Martha Heinrich Ocho”).

tenía 127 fábricas a las que se les habían asignado sus propios códigos manufactureros de tres letras, a través de los cuales invariablemente se les hacía referencia [...]. Esto garantizaba secreto, al tiempo que permitía a las autoridades militares identificar las fuentes manufactureras de armas, municiones y equipos individuales. Una autoridad del Museo de la Ciudad de Dresde describe la lista de los códigos del manual como “muy incompleta” [...] (p. 148).

Por lo que concierne al número de muertes causadas por el bombardeo, hay que decir que Taylor incluye un apéndice,<sup>15</sup> “Contando los muertos”, en el que repasa las más importantes estimaciones a este respecto, incluidas las de los principales autores que dieron lugar a la “leyenda” (Irving y McKee).<sup>16</sup> La lectura cuidadosa de este apéndice y la consulta, cuando es posible, de las fuentes en él citadas, conducen de manera inevitable a la conclusión que hoy día se da como consenso entre los autores que con más seriedad han investigado el asunto, consenso éste basado en las mejores fuentes disponibles, en el sentido de que el número total de muertos en Dresde a causa de los bombardeos del 13 y el 14 de febrero de 1945 se encuentra entre 25,000 y 40,000, siendo probable que la cifra real fuera más cercana al extremo inferior de este intervalo que al superior. Hay quienes hablan incluso de cifras del orden de 18,000.

#### EL NUEVO CONSENSO

Ha quedado ya registrado que Irving, en la primera edición (1963) de su *The Destruction of Dresden*, afirmó que el número de muertos había sido de al menos 135,000 y que su fuente

<sup>15</sup> Es el Apéndice B, pp. 443-8.

<sup>16</sup> A decir verdad, antes de esto menciona la cifra oficial manejada por el gobierno de la República Democrática Alemana (según fue publicada por el político comunista Max Seydewitz) y a la que se hará referencia un poco más adelante.

había sido Hanns Voight, encargado de un centro que operó en las semanas posteriores al bombardeo para lo relativo a personas desaparecidas. Mucho más tarde se supo que esa cifra correspondía a una *estimación* de Voight basada en factores tales como relaciones de ropas, joyas y otros efectos personales de las víctimas, y el número de personas desaparecidas al término de la Guerra (p. 444). En los años sesenta apareció una supuesta copia de una *Tagesheft* 47 (“Orden del día 47” de la SS y el cuerpo de policía de Dresde) en la que se hacía referencia a ¡202,040 muertos confirmados y 250,000 estimados en total! Todo parece indicar, como lo señala Taylor (pp. 370 y 444-446) que el documento original mencionaba justamente 20,204 muertos confirmados y un total estimado de 25,000, y que a cada una de estas cifras se le agregó un cero con fines de propaganda. Alexander McKee sostuvo veinte años más tarde sin mayor fundamento que las autoridades alemanas habían contabilizado 256,000 muertos. Partió de una cifra de 35,000 como un mínimo bien probado y consideró procedente duplicarla para llegar a una de 70,000 para arribar a lo que consideraba su mejor estimación, aunque advirtió que nunca podría saberse a ciencia cierta el número real de muertos (p. 446).<sup>17</sup> Taylor menciona también (p. 371) a un prisionero de guerra en Rusia, Fritz Kuhn, que recibió una carta de su padre, un sobreviviente del bombardeo, en la que se menciona una cifra de 150,000 muertos. Hasta aquí “la leyenda”. ¿Cómo se forjó el nuevo consenso?

En el “Reporte final de las altas autoridades policíacas y el SS-Fuehrer para la región del Elba”, entregado el 15 de marzo, se incluye la primera estimación oficial del número de muertos. De él, Taylor, reproduce lo siguiente (pp. 351-352):

<sup>17</sup> A decir de Taylor (p. 446), McKee declaró que mencionar una cifra menor había impedido la publicación de su libro en Alemania con el título *Das Deutsche Hiroshima* (*La Hiroshima alemana*). El libro fue publicado en inglés en 1982 con el título *The Devil's Tinderbox: Dresden 1945* (Nueva York, E. P. Duffon).

Valoración al 10 de marzo por la mañana: 18,375 caídos, 2,212 seriamente heridos, 350,000 sin casa y reubicados para un plazo largo [...] El número total de muertos, incluidos extranjeros, se estima –con base en experiencias previas y valoraciones efectuadas durante el tiempo de recolección de cadáveres– en aproximadamente 25,000. Bajo las masas de escombros, especialmente en el corazón de la ciudad, es posible que se encuentren algunos miles más de cuerpos, los cuales son irrecuperables por el momento.

Asienta Taylor que “los datos sobre el número de muertes proporcionados no se sustentan en estimaciones burdas. El proceso de registro de y contabilización de los muertos –y de sus pertenencias– fue extremadamente meticuloso” (p. 352). Unos días antes (el 4 de marzo), Joseph Goebbels, Ministro de Propaganda, con todos los incentivos para exagerar las cifras,<sup>18</sup> había publicado el artículo “La muerte de Dresde: un faro para la resistencia”, en el que se refiere a “*decenas de miles* [énfasis añadido] de quienes laboraban bajo las torres [de los monumentos arquitectónicos de la ciudad] que han sido sepultados en fosas comunes sin posibilidad alguna de identificación” (p. 371). Comenta Taylor que en el artículo de Goebbels no había mención alguna de “fábricas y mano de obra esclava, ni de destacamentos de soldados y trenes que transportaban tropas, ni del “área defensiva” secreta de Dresde, sólo de tesoros culturales y placeres artísticos inocentes, ya perdidos para siempre” (p. 371).<sup>19</sup>

En las del apéndice “Contando los muertos”, Taylor proporciona, entre otras, las siguientes informaciones: en 1955 Max Se-

<sup>18</sup> Los altos mandos nazis deliberadamente deseaban que la población civil tuviera una imagen terrorífica de lo que les ocurriría si quienes habían bombardeado Dresde ganaban la guerra, para que de esta manera estuviera dispuesta a continuar luchando. Taylor refiere (p. 371) que en las ruinas de muros a lo largo de todo el territorio alemán aparecía escrito lo siguiente: “Disfruta la guerra, ya que la paz será terrible”.

<sup>19</sup> Según testimonios dados en los juicios de Nuremberg, Goebbels estimó el número de muertos en 40,000 (p. 372).

y dewitz, primer alcalde de Dresde de la posguerra, publicó “con todo el respaldo de Alemania Oriental [la República Democrática Alemana]” (p. 443), *Die Unbesiegbare Stadt* (*La ciudad inconquistable*),<sup>20</sup> en la que sostuvo que los muertos habrían sido 35,000 (o algunos miles más). En la preparación de su libro, Seydewitz contó con los datos proporcionados por un tal Zeppenfeld (Taylor parece desconocer su nombre de pila), jardinero principal del Heidefriedhof, un cementerio grande en las afueras de la ciudad. Consta, según muchas de fuentes de calidad, que fue allí donde fue sepultada en fosas comunes la gran mayoría de los muertos. A decir de Seydewitz, Zeppenfeld sostuvo que se había determinado el número de muertos en el bombardeo sumando los sepultados en el Heidefriedhof y el número de los cadáveres incinerados en la ciudad (que Zeppenfeld supuso en 9,000, cuando la cifra real según la versión auténtica del *Tagesheft* 47 fue de 6,875, y que también fueron enterradas en el Heidefriedhof), con lo cual se arribaba a la cantidad de 28,746. Añadiendo a ésta el número estimado de muertos sepultados en otros sitios, Seydewitz llegó a su número de 35,000. Estas informaciones, empero, pueden ser mejoradas. En 1993 fueron hallados en el Archivo de la ciudad de Dresde documentos que permiten afirmar que el número de muertos sepultados en el Heidefriedhof entre febrero y abril de 1945 –incluidos aquellos incinerados cuyas cenizas fueron enterradas– fue de 17,295. A esta cifra hay que añadir las correspondientes a los sepultados en otros dos cementerios: 3,462 en el Johannisfriedhof y 514 en el Neue Annenfriedhof. Se llega así a un total de 21,271. Entre el fin de la Guerra (8 de mayo de 1945) y 1966 fue recuperado un total adicional de 1,858 cuerpos entre las ruinas de la ciudad. (Irving habla de miles cada semana al principio del período de posguerra).

<sup>20</sup> Max Seydewitz, *Die Unbesiegbare Stadt: Zeitstörung und Wiederaufbau von Dresden*. Berlín, 1955.

Tres libros constituyen el centro del nuevo consenso, el de Taylor y dos anteriores (empleados por Taylor en la preparación del suyo): el de Götz Bergander, *Dresden im Luftkrieg: Vorgeschichte-Zerstörung-Folgen* (1977),<sup>21</sup> que ya ha sido mencionado, y el de Friedrich Reichert, *Verbrannt bis zur Unkenntlichkeit - Die Zerstörung Dresdens 1945*, (1994).<sup>22</sup> Para el primero el número de muertos fue algo mayor a 35,000; para el segundo, el número se ubicó entre 25,000 y 35,000, siendo la cifra real probablemente más cercana al extremo inferior que al superior.

¿Cómo es posible que testigos presenciales del bombardeo que sobrevivieron al mismo (como fue el caso del padre de Fritz Kuhn) hayan alimentado de buena fe “la leyenda”? Para responder a esta pregunta, Taylor da la palabra a Götz Bergander (p. 425):

La dificultad que ofrecen las inquietantes leyendas sobre Dresde es que están edificadas sobre una base de verdad, a saber, las impresiones personales dejadas por unas terribles horas en las que las vidas y el ser mismo de las personas se encontraron amenazadas. Aquellos que fueron capaces de salvarse, que tuvieron que pasar por la experiencia de muros de llamas, la tormenta de fuego, los incontables y previamente desconocidos espectáculos y sonidos, se encuentran después comprensiblemente preparados para defender sus percepciones subjetivas.

A fin de cuentas, para Taylor (pp. 405-406),

[...] en términos prácticos Dresde fue un bombardeo fuerte en una secuencia mortal completa de bombardeos masivos, que por razones diversas –viento, condiciones meteorológicas, ausencia de defensas y, sobretodo, aberrantes deficiencias en materia de protección contra bombardeos para la población en general– produjo el peor sufrimiento. Puede ser, sin embargo, que

<sup>21</sup> Munich, Wilhelm Heyne Verlag, 1977.

<sup>22</sup> Dresde, Dresdner Museum, 1994.

ni siquiera esta formulación sea del todo correcta. Darmstadt, Kassel, Pforzheim y Würzburg eran más pequeñas y no obstante puede argumentarse que no padecieron menos. Proporcionalmente hablando, Pforzheim sufrió mucho más durante la noche del 23 al 24 de febrero de 1945 al perder una sexta parte de su población –17,600 seres humanos– y un estimado del 83% de su área construida.

### ¿QUIÉN ES DAVID IRVING?

En adición a su libro sobre el bombardeo de Dresde, Irving es autor de más de treinta libros, la mayoría de ellos sobre aspectos de la Segunda Guerra Mundial escritos desde una perspectiva muy favorable a las grandes personalidades del nazismo.<sup>23</sup> En 1993 la historiadora Deborah Lipstadt publicó el libro *Denying the Holocaust: the Growing Assault on Truth and Memory*,<sup>24</sup> en el que denunció a Irving como un negacionista en relación con el Holocausto. Tres años después Irving demandó por difamación ante una corte inglesa a Lipstadt y a Penguin Books (que había publicado la edición inglesa del libro.) La estrategia seguida por Lipstadt y Penguin Books fue la de demostrar que sus afirmaciones sobre Irving eran justificadas. La defensa contrató a varios expertos como testigos, entre los que destaca el prestigiado

<sup>23</sup> Después de su libro sobre el bombardeo de Dresde, probablemente su libro más conocido sea *Hitler's War* publicado en 1977 (y antes, en 1975, en alemán con el título *Hitler und seine Feldherren* (*Hitler y sus generales*)). El libro ha sido objeto de innumerables críticas y discusiones, por lo general negativas, aunque historiadores de mucho prestigio como John Keegan y (en menor grado) Hugh Trevor-Roper han formulado comentarios favorables. Las dos afirmaciones más criticadas del libro son a) que Hitler ni ordenó ni tuvo conocimiento del Holocausto (rechazada universalmente y en concreto por Keegan y por Trevor-Roper), y b) que Churchill ordenó el asesinato del general polaco Sikorski (rechazada, entre otros, por Trevor-Roper). La mayor parte de los libros de Irving (y en sus diversas ediciones) se encuentran disponibles en el *Internet* para quien quiera consultarlos, guardarlos en el disco duro de su computadora o imprimirlos.

<sup>24</sup> Nueva York, Free Press, 1993.



historiador Richard Evans, quien, tras cerca de dos años de trabajo, produjo un informe de más de 700 páginas de extensión sobre la obra de Irving, *Lying about Hitler, History, Holocaust and the David Irving Trial*, en el que sostuvo que en ella se faltaba a la verdad histórica.<sup>25</sup> El fallo de la corte fue adverso a Irving: las afirmaciones de Lipstadt eran justificadas. Posteriormente, Irving fue juzgado en Austria por haber negado que el holocausto hubiera tenido lugar –lo que constituye un delito en aquel país– y sentenciado a pasar tres años en prisión (aunque en los hechos permaneció encarcelado menos de un año).

Desde hace ya mucho tiempo, David Irving, el más importante inspirador de “la leyenda” de Dresde es considerado por los estudiosos serios de la Segunda Guerra Mundial como un autor negacionista, antisemita y pronazi.

#### LOS DATOS Y LAS INTERPRETACIONES:

##### ¿DOS TIPOS DE REVISIONISMO?

En la medida en la que se pueda hacer una distinción entre afirmaciones de datos validables o *falsables* (en el uso popperiano del término) mediante el método histórico crítico, y la trama, argumento, interpretación o representación elaborada por el historiador en un ejercicio de imaginación histórica, se podrá hablar de *dos tipos de revisionismo*: revisionismo *de datos* y revisionismo *interpretativo*. Suponiendo la validez de esta distinción (que sólo posee una nitidez analítica y que siempre se desdibuja en mayor o menor grado en los discursos históricos concretos), el revisionismo de Taylor corresponde al primer tipo, en tanto que el que se refiere a la singularidad del Holocausto, al segundo. En cuanto

<sup>25</sup> Richard J. Evans, *Lying about Hitler, History, Holocaust and the David Irving Trial*. Nueva York, Basic Books, 2001 (véase en particular la sección 5.2 “The Bombing of Dresden”); del que existe una versión electrónica que puede ser consultada en la página <http://www.holocaustdenialontrial.org/en/trial/defense/evans>.

a lo primero, téngase presente a este respecto que Taylor rehúsa tomar partido –interpretar– en lo concerniente a la legalidad o la moralidad del bombardeo: “*Dresden: Tuesday, February 13, 1945* no se pronunciará sobre estas cuestiones, aunque es mi convicción que pondrá de manifiesto un marco moral más complejo y ambivalente que el que hasta ahora ha sido generalmente reconocido” (p. xiii). Si adicionalmente se sostiene que verdad o falsedad pueden ser predicados de las afirmaciones de datos, más no de las tramas, argumentos, interpretaciones o representaciones en cuanto tales, es decir, que no puede hablarse con propiedad de verdad argumental o verdad de interpretaciones, habría que concluir que, en tanto que es posible pronunciarse sobre revisionismos de datos con sustento en rendimientos obtenidos por la aplicación del método histórico crítico, un juicio sobre un revisionismo interpretativo sólo podrá sustentarse en criterios distintos de los de verdad, por ejemplo en criterios éticos.

#### CONCLUSIÓN: VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS

El libro de Taylor convence de que el número de muertos en el bombardeo de Dresde se encuentra efectivamente entre 25,000 y 40,000. Ofrece argumentos sólidos (aunque quizá no tan convincentes) de que la ciudad en febrero de 1945 “era, *de conformidad con los estándares del tiempo* [énfasis añadido], un blanco militar legítimo” (p. xiii).

Cuando las bombas voladoras alemanas comenzaron a ser empleadas, los alemanes podían calcular con precisión el momento del impacto pero no el lugar del mismo. Cuando caían sobre Londres, los ingleses informaban a los alemanes a través de agentes dobles que los impactos habían tenido lugar al poniente de la ciudad. Al actuar los alemanes en función de esta información desplazaban los sitios de impacto cada vez más al este (a razón de unos tres kilómetros por semana) con una densidad de población menor a la de la capital. Un socialista miembro del gabinete de

guerra, Herbert Morrison, protestó por ello ante Churchill argumentando que este proceder implicaba que, por salvar vidas londinenses, se sacrificaban las de habitantes de Kent y de Essex. Churchill respondió diciendo que la guerra era en sí un mal (*War is an evil thing*) y luego preguntó retóricamente a Morrison si proponía que para terminarla Inglaterra se rindiera.<sup>26</sup> Ante la airada negativa de su interlocutor, Churchill sentenció: “Mucho me temo entonces, señor, que, en orden a vivir, debemos jugar a ser Dios”.

La verdad es que sin duda *War is an evil thing*. Siempre lo ha sido, pero nunca como en el siglo xx, cuando los pavorosos medios puestos a su servicio por la ciencia y la técnica fueron inevitablemente devastadores tanto para soldados como para civiles. La guerra se orienta a la destrucción del enemigo, y en esa racionalidad aquélla ha de emprenderse por todos los medios disponibles y los fines siempre terminan por justificar los medios (sobre todo en el caso de los vencedores). Los bombardeos indiscriminados (convencionales y nucleares) practicados sobre ciudades durante la Segunda Guerra Mundial (tanto por ingleses y norteamericanos como por alemanes) son una expresión de esto. Taylor —así como los otros autores partícipes de los que hemos denominado “el nuevo consenso”— ha demostrado que el caso de Dresde no revistió la singularidad que, debido a Irving y a Vonnegut, por décadas se dio por hecho que tenía. Dresde fue un caso más; pero ¿un caso más de qué? Aquí es donde se inserta el debate en torno a si los bombardeos indiscriminados de ciudades fueron inmorales y/o ilegales. Pero la cuestión puede ampliarse y radicalizarse a un tiempo: ¿No será acaso la guerra en sí el mayor de los crímenes, como acaba de ser insinuado?

El 25 de marzo de 1945 Churchill dirigió un memorando al jefe de su estado mayor, el general Lionel Ismay, en el que ma-

<sup>26</sup> Relatado en William Stevenson, *A Man Called Intrepid. The Secret War*. Nueva York/Londres, Harcourt Brace Jovanovich, 1976, p. 414.

nifesta que a su juicio “había arribado el momento de revisar la cuestión del bombardeo de ciudades alemanas simplemente en aras de incrementar el terror”. Expresamente hizo referencia en este memorando al caso de Dresde, aunque especificó que su inquietud respondía más a los intereses de los aliados que a los del enemigo. (p. 376). Arthur Harris, que defendió siempre la política de los bombardeos indiscriminados a las ciudades alemanas con el argumento de que éstos debilitaban decisivamente el esfuerzo bélico alemán y preparaban el camino para las fuerzas aliadas invasoras terrestres, rechazó indignado la acusación de que constituyeron un género de terrorismo (p. 377). Por otra parte, consta que a fines de marzo de 1945 Harris, parafraseando a Otto Von Bismarck, declaró que “no consideraba que el total de las ciudades alemanas aún no destruidas ‘valiera los huesos de un solo granadero británico’” (p. 378). Unos días después de la destrucción de Dresde comentó un tanto proféticamente que así como el momento de gloria de los grandes acorazados había tenido lugar durante las primeras décadas del siglo xx, el de los bombarderos había sido la guerra que entonces terminaba: las armas del futuro serían cohetes (p. 389). Pero, ¿qué portarían esos cohetes y cuáles serían sus blancos? En octubre de 1962 el mundo estuvo al borde de la aniquilación de la humanidad por un nuevo tipo de destrucción indiscriminada de ciudades. Desde hace ya muchas décadas el número de ojivas nucleares con capacidades destructivas que van desde decenas de kilotones hasta decenas de megatones es mucho más que suficiente para la destrucción completa de la humanidad. Se estima que la cantidad en existencia de estos artefactos alcanzó un máximo de aproximadamente 65,000 hacia 1985, y que actualmente su número es algo más que 23,000.<sup>27</sup>

*War is an evil thing* y con la tecnología a su disposición parecería que la destrucción de las ciudades alemanas durante la

<sup>27</sup> Nueve países poseen actualmente armamento nuclear: China, Corea del Norte, Estados Unidos, Francia, India, Israel, Paquistán, Reino Unido y Rusia.

Segunda Guerra Mundial era inevitable, como lo será la de la humanidad toda si llega a haber una tercera. Hacia el final de su libro, Taylor pregunta retóricamente: “¿Acaso alguien realmente esperaba que el mundo respondiera [a las agresiones alemanas] con guantes de cabritilla a fin de no dañar los tesoros artísticos de Alemania y no matar civiles?” (p. 411).

*War is an evil thing* y el mal no debe practicarse. ¿Habría, entonces, que responder afirmativamente a la pregunta que Churchill le formuló a Morrison? La verdad es que no se trata de una disyuntiva. La vida y la obra de Mohandas Karamchand Gandhi, contemporáneo de Roosevelt, Churchill y Hitler, y que es conocido universalmente como el *Mahatma*, lo puso de manifiesto. Él supo bien que siempre será preferible ser víctima a ser victimario. Él no se rindió jamás. Él declaró alguna vez que había muchas causas por las que estaba dispuesto a dar su vida, pero ninguna por la que estuviera dispuesto a tomar la vida de otro. Cuando todos sepamos que es preferible ser víctima que victimario y todos lo pongamos en práctica dejará de haber tanto víctimas como victimarios. La iniciativa será siempre de quienes se encuentran dispuestos a ser víctimas con tal de no ser victimarios. ☞